

CESAREA: más allá de la herida

Ana Alvarez-Errecalde.

Editorial OB STARE 2010.

Prólogo.

Ibone Olza 2010

En España se hacen cada año más de 100.000 cesáreas. Aproximadamente la mitad son innecesarias. Cien mil madres heridas y cien mil maneras de vivir la herida. Con gozo o con dolor, con alivio o con inmensa rabia, siempre queda una marca.

“Podrás seguir llevando bikini” es en ocasiones lo que el cirujano dice a la madre en el quirófano. Promesa de una cicatriz invisible y deseo de que la intervención no deje huella en el cuerpo ni en el alma. Negación una vez más del dolor de muchas madres: “pero tú de qué te quejas si tienes un bebé sano”. Pero grande o pequeña la cicatriz en el vientre será de por vida recordatorio del sacrificio al que nos sometimos por el bien de nuestros hijos.

Cuidar la herida, tocar la cicatriz, mostrarla, aceptarla e integrarla suele ser difícil. Las mujeres tenemos poca costumbre de mostrar las cicatrices y la mayoría de las madres cesareadas sólo han visto una cicatriz: la suya propia. A veces ni siquiera eso: hay mujeres que no se sienten capaces de mirar su propia herida.

La cirugía estética nos ofrece borrar las marcas, no sólo de la cesárea sino también las huellas que la maternidad deja en nuestros cuerpos. Eliminar las cicatrices igual que escondemos la tripa las curvas o el pecho caído. Como si necesitáramos un solo modelo de cuerpo para un pensamiento único, se nos ofrece más cirugía innecesaria, más ocultación de la corporalidad de las madres.

Frente a esta negación desde El Parto es Nuestro queremos reivindicar el amor por nuestros cuerpos de madres heridas. Para ello buscamos a Ana Alvarez-Errecalde, artista a la que conocimos por su autorretrato del nacimiento de su hija. Nos impactó la fuerza de aquellas imágenes en las que la artista se mostraba íntegra y radiante tras un parto que se adivinaba gozoso. Ana respondió a nuestra llamada y sin darnos apenas cuenta iniciamos un ritual colectivo de sanación. Una a una nos fuimos desnudando en un ambiente de cariño y respeto por nuestras historias. Deseábamos mostrar las cicatrices para ayudar a otras madres a aceptar sus heridas pero creo que ninguna imaginamos que

Ana convertiría nuestro dolor en belleza. Tras posar una a una nos vestimos y salimos extrañamente eufóricas. Mostrarnos desnudas parecía tener un efecto terapéutico con el que no contábamos.

Y sin embargo ahora, al mirar estas imágenes tan hermosas entendemos que este trabajo era necesario y enlaza con una cadena de mujeres que ya no esconden las heridas. Ana Alvarez-Errecalde ha plasmado la herida visible pero también la invisible, la cicatriz en el alma que solemos llamar herida emocional. Y al hacerlo ha mostrado también el recorrido de cada una: la superación, la lucha, la reconciliación, la tristeza, la ternura, el día a día con los hijos y la intimidad. Le ha dado la vuelta al origen del mundo de Coubert recreando la cicatriz de las madres como metáfora del nacimiento en el siglo XXI.

Ya sólo nos queda desear que siga la rueda. Que otras madres miren, acaricien y muestren sus heridas. Con dolor pero también con orgullo, con la fuerza que da recordarse herida y saberse curada.

Ibone Olza